

# Confesiones de odio ambulantes

---



*María Fernanda Galvis Vejarano\**

*la\_mona2@hotmail.com*

Cuatro, tres, dos, uno... arranca una carrera y una competencia a muerte para ganar plata y orgullo, pero en esta oportunidad no se enfrenta carros, ni motos, ni nada que se le parezca, no se lleva a cabo en un autódromo ni en una pista profesional, y sus participantes no son expertos conductores que se ganan la vida por hobby; esto más bien ocurre en una esquina cualquiera de La Candelaria, con cochecitos de bebé improvisados para acomodar sus productos, y sus protagonistas —o más bien rivales— son madre e hija: vendedoras ambulantes.

Salí de la Biblioteca Luis Ángel Arango un poco ansiosa, sin saber qué hacer y hacia dónde ir, después de que me fuera asignada la tarea de involucrarme en alguna situación para después narrarla y compartirla con mi grupo de taller. Una mujer parada en una esquina llamó mi atención de inmediato: de aspecto cansado, ojos rojos, cabello corto y con más de dos sacos por el frío y las enfermedades que a diario tiene que soportar mientras intenta ganarse la vida vendiendo chicles, cigarrillos, papas y galletas. Me acerqué a ella y me recibió con una inmensa y contagiosa sonrisa diciéndome:

—*“A la orden, mi amor, ¿qué desea?”*

—Déme estas galletas, le dije.

—*“Claro, sumercé, son mil pesitos”.*

Le pagué, y mientras abría el paquete decidí charlar con doña Yolanda, como luego supe que se llamaba. Lo último que recuerdo haber dicho antes de que me empezara a contar su historia fue: —¿Y cómo le va acá?, ¿si vende bien? Después de eso, doña Yolanda a duras penas respiró para tomar impulso y retomar el relato de su vida.

▶▶ \* Estudiante Lenguas, Universidad Pedagógica. Taller Biblioteca Luis Angel Arango.

Me contó cómo formó su familia, que con el tiempo se fue deteriorando para convertirse en un grupo de extraños, a quienes no quiere siquiera recordar. *“Es que mis hijos me han pagado mal”,* me decía mientras hacía un gesto de tristeza y decepción. *“Vea, sumercé, yo tuve un hijo y tres hijas, la última de ellas fue producto de una violación”;* acto seguido buscó en su bolso una carterita, de donde sacó las fotos de cada uno de ellos para enseñármelas, y apuntando a una de ellas me dijo: *“Esta es la menor, la que le digo que nació porque me violaron cuando tenía 25 años. El que me violó fue el novio que tenía; un día llegó borracho a buscarme, me pegó el desgraciado ese, y como yo me defendí, ahí mismo se le saltó la piedra y abusó de mí”.* En la foto se ve una mujer muy joven, de cabello rubio, ojos color miel, bonita, pero con una mirada un tanto intimidante, que reflejaba angustia y odio. Sentimientos que yo desconocía en ese momento, pero que comprendería al cabo de los días.

En ocasiones llegaban personas a preguntarle por minutos de celular y ella contestaba con un cierto tono de rabia: *“Al otro lado los consigue”,* señalando a la vendedora que se encontraba a media cuadra.

### ♦ La vendedora de minutos

*“¿Si ve esa señora de allá?, esa es mi hija, la menor, y el que está con ella es el mozo. Ella viene todos los días para quitarme los clientes vendiendo minutos de celular”;* volteé a mirar intrigada, pero disimuladamente, hacia donde me señaló y desde allí, para mi sorpresa, Maritza no nos quitaba la vista de encima. — *¿Y usted por qué no vende eso también?,* le pregunté.

— *“Mamita... porque lamentablemente no sé manejar un celular”,* me respondió. Luego me fue contando con más detalles la historia de su última hija.

*“Esa muchacha está loca. Fue a la única a la que le pude dar estudio, y no lo aprovechó. Hace 18 años, exactamente un 22 de noviembre, me mandó a matar con la amiga. Pero no pudo, sólo me hizo una cortada profunda en la frente; eso me tocó limarla para que mis compañeros de trabajo no se dieran cuenta y no se burlaran de mí. Ella me ha tratado y me sigue tratando de loca, de puta y me reprocha el hecho que para mi fue lo más bonito: haber sido su mamá”.*

Después de escucharla unos 20 minutos, vi cómo se deslizaban las lágrimas por su rostro. *“Mire, sumercé, yo ya ni me acuerdo de los cumpleaños de mis hijos, y no espero nada de ellos, pero eso sí le digo una cosa: mamá no es por un momento, ni por un segundo; mamá es para toda la vida. Yo ando muy dolida, no sólo por mi físico, porque ya estoy vieja y cansada, además de que a los dolores ya estoy acostumbrada, sino más que todo por mi corazón. Vea, usted no se imagina el daño que ellos me han causado y lo triste que me han hecho sentir; es un dolor inexplicable que después de tantos años sigo sintiendo”.*

Ese mismo día, abruptamente, llegó un camión de la Policía, que amenazaba con decomisar todos los puestos instalados en esa zona, obligando a los vendedores, a doña Yolanda

y a Maritza a tomar sus pequeños coches y a retirarse del lugar. Al despedirme y desearle mejor suerte, sin pensarlo dos veces ella me contestó: *“Qué pena con sumercé por haberle contado todo esto, pero es que yo siempre busco a alguien con quien hablar y desahogarme”*. Así la vi partir ese día, rápidamente.

Otra tarde, mientras acompañaba a doña Yolanda en su jornada de trabajo, de manera automática, decidí caminar media cuadra hacia donde estaba Maritza para hablar con ella, mientras su madre a lo lejos me gritaba:

—*“¿Para dónde va? No se le acerque a ella; la va a tratar de loca y de puta como a mí”*.

Dichas advertencias no me importaron mucho; quería saber qué opinaba ella de todo esto. Me aproximé con la excusa de hacer una llamada y sin dudarlo intenté charlar con Maritza, que al principio resultó ser un poco difícil, debido a su carácter áspero y a que me había visto junto a su madre.

*“Yo no quiero hablar con usted, mona”*, me dijo.

¿Por qué?

—*“Porque usted se la pasa con esa puta de allá. Mínimo ella la mandó para que me averiguara la vida”*, respondió.

—No!! Para nada, yo sólo vine porque necesitaba un minuto de celular y como ella no los vende... pues vine hasta aquí, le dije para tranquilizar un poco el ambiente.

—*“Ah... es que esa vieja me saca la piedra, ella es mi mamá... por desgracia mía”*, me dijo Maritza mientras miraba de reojo a doña Yolanda.

Me tomó varios minutos ganarme un poco de su confianza para que poco a poco me fuera revelando el porqué de su odio. *“Vea, mona, yo siempre soñé con una vida llena de lujos, poder vivir con una familia que trabajara duro en empresas millonarias y tirarme el billete que me dieran en mis propias vainas, si me entiende?”*, a lo que yo asentía con ella. *“Pero, lamentablemente, nací en donde existía todo lo contrario a eso. Pa’ más piedra yo fui un error pa’ ella, porque como la violaron...es la hora y no sé quién fue el desgraciado que lo hizo. Vea, a mi me daba piedra que mi mamá fuera tan pobre, que todos los días llegara con plata que apenas alcanzaba pa’ un pan pa’ cada uno de nosotros, me daba piedra que no me diera gusto en todo lo que yo quisiera. Los días fueron pasando y mi odio por ella fue creciendo cada vez más. La odio porque me dio vida de pobre y me convirtió en lo que soy: una vendedora ambulante como ella. Hubo un día en que no me aguanté ni siquiera verla y la mandé matar con una china del barrio, pero a la muy boba le dio miedo y sólo le cortó la frente. Cómo me hubiera gustado que la hubiera matado. Eso habría sido un descanso pa’ mi. Por ahora me encanta venir aquí sólo pa’ amargarle la vida y pa’ quitarle los clientes; se lo merece... como es tan bruta que no sabe manejar un pinche celular, pues entonces yo aprovecho y vengo a*

*vender minutos... no se imagina lo que disfruto cuando se me llena el chuzo de gente llamando, y el puesto de esa puta se la pasa desocupado...".* Sólo con escuchar a Maritza, comprobé que la historia era real.

Los gritos de los vendedores de la zona alertaban que el camión de la Policía se acercaba. Decidí retirarme. Crucé la esquina de nuevo y desde allí observé cómo todos salían corriendo en una carrera desenfrenada con sus pequeños carritos, incluyendo a doña Yolanda y a Maritza, que sin darse cuenta se alejaron atemorizadas, pero juntas, cruzando por un mismo camino sin dirigirse ni una sola palabra. Así, nuevamente las vi partir...

Tiempo después volví a encontrarme con esta humilde señora, porque me propuse enseñarle a manejar el celular. Gracias a eso, hoy en día sus ventas han mejorado un poco. Pero sigue la competencia diaria entre madre e hija llenas de odio, tristeza, rabia, arrepentimiento, pobreza y desprecio ambulantes.